

Y DESPEDIDA DE FILLOL

Van a caer seis años sobre la tumba de don Alfredo Fillol. Se fué en un 23 de junio, la víspera de la llegada del Bautista. Entre los tréboles enigmáticos y las hogueras enloquecidas de esa noche, su perfil, lamido por cuatro lenguas luminosas, se afiló de silencios y de lágrimas. No pudo jamás considerarse como una «salida» poética el hecho de decir que la Muerte iba a sacar—por él—, de todas las guitarras, una terrible Atlántida de luto...

«La Casilla» fué el último asidero de Fillol. Allí, todas las tardes, intentaba carenarse un poco. Allí iba a remozar con su falseta el pobre barco que hacía agua. Allí, en aquel diminutivo de «cercao»—no nos gusta lo de «cercado», no lo queremos, ¡no nos llega!—, se le nombró, a mis ruegos, DECANO HONORARIO DE NUESTRA UNIVERSIDAD DE BUEN SENTIR—: profesor de profunda asignatura, de bordón y de «cinta»...

Seis años son, en este caso, como seis puñadillos de arena. En mi oceánico recuerdo, mucho menos aún. ¡Su recuerdo! Al agrandarlo hoy desde las páginas de ALBORES, clavándoles, como una ardiente mariposa de ébano, toda la tragedia de mi «Estampa», mi codicia desea que por el vértice de cada corazón pase, al igual que por el mío, el aletazo de la sombra.



*Recordadlo... A su roce temblaba la madera
como el buche de un pájaro que al cantar le da miedo.
Después él, ya Beethoven de castiza sordera,
la amansaba a piropos con la yema del dedo.*

*Que ahí estaba su gracia: en el piropo
de aquella inimitable falseta que trenzaba.
¡Su falseta! Un repizco de verso... sólo un trozo...;
mas San Gabriel Arcángel la ensidiaba.*

